CUÁL ES LA LITERATURA QUE INICIA JOSÉ MARTÍ

« También Spinoza pulía lentes », llegó a exclamar, irritado, el gran viejo Ezequiel Martínez Estrada,[1] ante la múltiple « papelería » de José Martí. El Autor de *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* nos invitaba a la vez a evocar la vestimenta del héroe, su mortaja, según la describiera él mismo en su diario de campaña: « pantalón y chamarreta azul, sombrero negro y alpargatas ». Y añadía Martínez Estrada: « Recordemos esta imagen, que no es la de las fotografías; recordemos que murió como Mayor General del Ejército Libertador y no con las palmas de la Academia de la Lengua ».[2]

No es que el sabio argentino ignorara la importancia de cuanto Martí escribió, sino que reconocía que lo esencial en él no fue su condición de hombre de letras, y que presentarlo en primer lugar como tal, es una de las formas de traicionarlo:

> La magnitud y el mérito insigne de la obra literaria de Martí [...] [dijo también Martínez Estrada] ha eclipsado el rasgo más auténtico de su personalidad, que es la del revolucionario. [...] Creo que una valoración exclusivamente literaria de Martí, o apenas superada con algunas tímidas e incidentales consideraciones de carácter filosófico y político, desfigura más que empequeñece su imagen verdadera. ¿Por qué no decirlo profundamente? Martí fue sencillamente, por naturaleza, por temperamento y por intelligencia, un revolucionario, en la más cabal acepción del término. Me atrevo a decir: de los más concientes y perseverantes que conoce la historia. Un revolucionario, « y todo el resto es literatura ».[3]

Para calibrar adecuadamente estos juicios, hay que remitirlos a las circunstancias en que nacieron. Alboreaba la revolución en Cuba, y Martínez Estrada, que se había ido a vivir a la Isla como una prueba carnal de su identificación con aquella, deploraba que en tan-

1. Ezequiel Martínez Estrada: « Martí revolucionario » [c. 1960], en *En Cuba y al servicio de la Revolución Cubana*, La Habana, 1963, p. 56.
2. *Op. cit.*, p. 51.
3. *Op. cit.*, p. 53.

tas partes se ignorase olímpicamente la magna tarea política del hombre a quien Fidel Castro había llamado autor intelectual del 26 de Julio, y por tanto del proceso revolucionario desencadenado. Sobre este último llovían a la sazón muy diversas interpretaciones (en cierta forma, esa lluvia no ha escampado aún), pero sólo unas pocas, excepcionalmente, se tomaban la molestia de ahondar en esa autoría intelectual, de extraer las conclusiones lógicas de la misma, de estudiar la política de José Martí, sus raíces, sus proyecciones, sus advertencias.

Han pasado unas dos décadas desde que brotaron a quellas líneas de Martínez Estrada, quien dedicaría los últimos años de su vida a escribir sobre Martín una obra monumental que al parecer ha quedado inconclusa.[4] Aunque todavía insuficientemente, la tarea política de Martí ha ido conociéndose cada vez más: cada vez más se hace claro que no puede entenderse la nueva revolución de la América Latina y el Caribe si no se entiende aquella tarea política. ¿Quién puede olvidar que el último texto público del Che Guevara ,su *Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental,* comienza con una cita martiana: « Es la hora de los hornos, y no se ha de ver más que la luz »?[5] Volver ahora a las palabras cálidas e impacientes de Martínez Estrada debe hacerse con una nueva lectura. La obra literaria de José Martí no puede ser vista como un deslumbrante paramento detrás del cual se oculta su rostro verdadero, de revolucionario impar. Lo cierto es que esa obra no oculta, sino que revela (*también* revela) aquel rostro. Ya en 1933 otro hondo conocedor de Martí, Juan Marinello, había señalado: « En el camino hacia José Martí se alzará siempre un gran obstáculo: su unidad. [...] Por eso el artista no es en él hombre distinto del político, del meditador, del apóstol ».[6]

4. Ezequiel Martínez Estrada: *Martí revolucionario,* primer tomo, prólogo de Roberto Fernández Retamar, La Habana, 1967; *Martí: el héroe y su acción revolucoinaria* [tercer tomo], México, 1966. Sobre el segundo tomo (*La doctrina social y política: el Apóstol*), cf. R.F.R.: « Prólogo » cit., p. xv-xvi.

5. Cit. en Ernesto Che Guevara: *Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental,* en *Obras 1957-1967,* tomo 2, La Habana, 1970, p. 584. Dadas las condiciones en que se escribió el *Mensaje,* el Che citó de memoria. La frase textual dice: « Es la hora de los hornos, en que no se ha de ver más que la luz ». (José Martí: carta a José Dolores Poyo de 5 de diciembre de 1891, en *Obras completas,* La Habana, 1963-1973, tomo I, p. 275. Citaremos en lo adelante de esta edición, limitándonos a indicar el tomo y las páginas).

6. Juan Marinello: « Martí artista » (1933), en *Literatura hispanoamericana. Hombres. Meditaciones,* México, 1937, p. 13.

Esa unidad ha de tenerse siempre frente a los ojos al estudiar cualquier aspecto martiano. Por ejemplo, lo que no cabe más remedio que llamar su literatura. Al entrar en ella, ninguna palabra de pase mejor que la observación de Marinello que acabamos de citar. El hombre a quien sus ideas revolucionarias llevan a la cárcel, en la adolescencia, y luego al destierro; el tenaz conspirador; el implacable crítico de las primeras conferencias panamericanas; el organizador y dirigente del Partido Revolucionario Cubano; el que desata la guerra independentista de 1895; el que confiesa el 18 de mayo de ese año a su fraternal amigo mexicano Mercado que cuanto había hecho hasta entonces, y haría, tenía como fin « impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América »;[7] el que, al día siguiente de escribir esas palabras, muere en combate, es el mismo hombre que escribe los poemarios *Ismaelillo, Versos libres* y *Versos sencillos,* las críticas admirables sobre Wilde, Emerson, Whitman, Twain o los pintores impresionistas franceses, la revista para niños *La Edad de Oro,* numerosísimos artículos y cartas que cuentan entre lo más bello y entrañable que se haya hecho en nuestro idioma.

Es cierto que Martí, como tantos hombres de acción, tuvo el pudor de la letra; pero no es menos cierto que por lo general la letra tuvo en él el carácter de la acción. Aunque comprendamos el gesto irritado de Martínez Estrada y la enérgica incitación implícita en ese gesto, no es posible, como ya ha sido dicho por otros,[8] equiparar los lentes que pulía Spinoza para ganarse al vida, y que difícilmente remiten a los postulados de su grandiosa *Ética,* con los millares de páginas escritas por Martí con frecuencia para ganarse la vida, sí, pero igualmente para informar y advertir a sus pueblos, a su pueblo latinoamericano y caribeño, cuando no para trasmitir las visiones de varia naturaleza que tuvo. Baste aquí recordar dos hechos: el primero se refiere a su gigantesca tarea periodística, que llevó a Pedro Henríquez Ureña a decir: « Su obra es pues periodismo », aunque añadiendo de inmediato: « pero periodismo elevado a un nivel artístico como jamás se ha visto en español, ni posiblemente en ningún otro idioma ».[9]

7. J. M.: carta a Manuel Mercado de 18 de mayo de 1895, en *O. C.,* XX, 161.

8. Cf. Cintio Vitier: « En la mina martiana », prólogo a *Martí, Darío y el modernismo,* de Iván Schulman y Manuel Pedro González, Madrid, 1969, p. 15.

9. Pedro Henríquez Ureña: *Las corrientes literarias en la América hispánica,* trad. de J. Diez-Canedo, México, 1949, p. 167.

No cabe duda de que, después de algunas de sus traducciones, sus trabajos periodísticos son lo que más cerca se halla, en la obra escrita por Martí, de los lentes spinozianos: se hicieron para ganar el sustento. Sin embargo, además de la existencia en dichos trabajos de ese « nivel artístico » que, según el dominicano, « jamás se ha visto en español, ni probablemente en ningún otro idioma », reparemos en otro punto: Martí colaboró entre 1881 y 1882 en el periódico caraqueño *La Opinión Nacional*. Pero el 3 de mayo de ese último año, el director del periódico, al ponerle distintos reparos a sus colaboraciones (algunas de las cuales habían sido rechazadas), le escribe: « Hágole también una recomendación muy encarecida, a saber: que procure en sus juicios críticos no tocar con acerbos conceptos a los vicios y costumbres de ese pueblo [los Estados Unidos], porque esto no gusta aquí y me perjudicaría ».[10] Ese mismo año 1882, al enviar su primera colaboración al periódico *La Nación,* de Buenos Aires, recibe de su director, con fecha 26 de septiembre, otra carta en que aquel le plantea:

> La supresión de una parte de su primera carta [Martí solía escribir sus trabajos periodísticos en forma de cartas], al darla a la publicidad, ha respondido a la necesidad de conservar al diario la consecuencia de sus ideas [...]. Sin desconocer el fondo de verdad de sus apreciaciones, y la sinceridad de su origen, hemos juzgado que su esencia, extremadamente radical en la forma absoluta de sus conclusiones, se apartaba algún tanto de las líneas de conducta que a nuestro modo de ver [...] debía adoptarse desde el principio, en el nuevo e importante servicio de correspondencias que inaugurábamos.
>
> La parte suprimida de su carta, encerrando verdades innegables, podía inducir en el error de que se abría una campaña de « denunciacion » contra los Estados Unidos como cuerpo político, como entidad social, como centro económico [...] Su carta hubiera sido todo sombras, si se hubiera publicado como vino [...].[11]

Ante tales declaraciones, es evidente que, tan temprano como en 1882 (cuando Martí era aún un liberal, no el demócrata revolucionario que llegaría a ser más tarde), él utilizaba el periódico como cau-

10. Carta a José Martí de [Fausto Teodoro de] Aldrey, de 3 mayo de 1882, en *Papeles de Martí...,* tomo 3, *Miscelánea,* recopilación, introducción, notas y apéndice por Gonzalo de Quesada y Miranda, La Habana, 1935, p. 41.

11. Carta a José Martí de Bartolomé Mitre y Vedia, en *Papeles de Martí...,* cit., p. 84.

ce para advertir a sus lectores hispanoamericanos, en prosa de centelleante hermosura ,sobre nuevos peligros históricos.

En *La Opinión Nacional,* a raíz de aquella carta, dejó de colaborar. ¿Iban a cerrarse también las columnas de *La Nación* al recibir crítica semejante a la otra? No, no lo hizo: respondió con habilidad, y durante diez años procuró trasmitir allí, a través de las hendijas, lo que pudiera pasar de aquel mensaje que se haría cada vez más urgente. Pero son hechos como esas censuras editoriales los que explican que en su carta póstuma a Mercado, escrita trece años más tarde, le dijera a propósito de su incansable prédica antimperialista: « En silencio ha tenido que ser, y como indirectamente, porque hay cosas que han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin ».[12]

Es pues evidente que, en considerable medida, el periodismo martiano, que ocupa la mayoría de su obra escrita, le sirvió para trasmitir, aunque fuera « como indirectamente », buena parte del núcleo más radical de sus ideas; es evidente que con aquellos textos, a la vez que se ganaba la vida, realizaba tarea beligerante, lo que, en su caso, no estaba reñido con la mayor exigencia de calidad literaria. Por cierto que las limitaciones ideológicas que ya hemos visto que le impusieron directores de dos diarios en que colaboró, lo acompañaron, en varia medida, incluso en publicaciones periódicas que entera o casi enteramente redactó. Tal fue el caso de la extraordinaria revista para niños *La Edad de Oro,* hecha toda por él, que comenzó a aparecer en julio de 1889, y tuvo que ser interrumpida en su cuarto número, « porque por creencia o por miedo de comercio », diría Martí a Mercado en carta de 26 de noviembre de ese año, « quería el editor que yo hablase del 'temor de Dios', y que el nombre de Dios, y no la tolerancia y el espíritu divino, estuviera en todos los artículos e historias ».[13] Incluso en el periódico *Patria,* que fundó en Nueva York en 1892 como vocero oficioso del Partido Revolucionario Cubano, le fue menester cierta cautela, dados la heterogeneidad del Partido y el hecho de publicarse aquel *in partibus infidelium.*

Y si sus trabajos periodísticos no fueron sólo tarea de pan ganar, ¿qué decir de aquellas otras zonas no periodísticas de la obra

12. J. M.: *op. cit.* en n. 7, *ibid.*

13. J. M.: carta a Manuel Mercado de 26 de noviembre de 1889, en *O. C.,* XX, 153.

martiana? Pensamos por ejemplo en su poesía, de la que llegó a editar dos cuadernos sufragados por él mismo, *Ismaelillo* (1882) y *Versos sencillos* (1891), dejando inéditos sus *Versos libres;* pensamos en su amplio y fascinante epistolario; en sus discursos, muchos de los cuales, improvisados al calor de la brega política, se han perdido para siempre; en sus numerosos cuadernos de apuntes, donde nos ha dejado observaciones preciosas que esperan aún por una ordenación y un estudio cabales; en sus diarios (para no insistir en sus obras de teatro y su novela, a las que prestó, en general, menos importancia). La verdad es que Martí produjo incesantemente textos públicos y privados, y que le asistió una vez más la razón a Marinello cuando apuntó que « en el sentido más noble del vocablo, Martí fue un grafómano ».[14]

Sirvan las palabras anteriores para insistir en que hay en la obra martiana una zona indudablemente literaria, que aunque vinculada por lo general a su labor política, no puede ser dejada de lado, o siquiera oscurecida, en relación con aquella labor. Pues si la tarea política, considerada en sentido lato, fue para él evidentemente fundamental, y permeó por ello la mayor parte de cuanto escribió, Martí reconoció y proclamó en numerosas ocasiones el valor propio, específico, de la literatura —y del arte en general—. Hablando en 1888 del cubano Heredia, a quien consideró « el primer poeta de América », afirmará que « a la poesía, que es arte, no vale disculparla con que es patriótica o filosófica, sino que ha de resistir como el bronce y vibrar como la porcelana » [15]; y dos años después insistirá en que no es poeta el que « pone en verso la política y la sociología ».[16] Ni siquiera cuando va a hablar de « los poetas de la guerra », los que en los campos donde combatían por la libertad de Cuba « firmaban las redondillas con su sangre »,[17] dejará de ser exigente a propósito de los valores concretamente literarios, y hablará de « la forma ingenua y primeriza » [18] de las obras de aquellos guerreros poetas que ponían los combates, la amistad y el amor « en rima y romance, inferiores siempre, por lo segundón y mestizo de la literatura en que se criaron, a las virtudes con que en ellos se copiaban

14. Juan Marinello: « El caso literario de José Martí » (1953), en *Once ensayos martianos,* La Habana, 1964, p. 70.
15. J. M.: « Heredia » (1888), en *O. C.,* V, 137.
16. J. M.: « Un poeta. —*Poesías* de Francisco Sellén » (1890), en *O. C.,* V, 181.
17. J. M.: « Prológo » a *Los poetas de la guerra* (1893), en *O. C.,* V, 229.
18. J. M.: *op. cit.,* p. 230.

insensiblemente los poetas ».[19] « Rimaban mal a veces », afirma, aunque de inmediato, conciente de que se trataba de héroes, añada: « pero sólo pedantes y bribones se lo echarán en cara: porque morían bien ».[20]

Por supuesto, no es esta la ocasíon para presentar panorámicamente la obra literaria de Martí, la cual, desde Rubén Darío, Miguel de Unamuno y Gabriela Mistral hasta Federico de Onís, Juan Marinello, Andrés Iduarte, Manuel Pedro González, José Antonio Portuondo, Valerio Stolbov, Cintio Vitier, Giovanni Meo Zilio, Hans-Otto Dill y muchos más, ha hallado comentaristas acuciosos, apasionados y a menudo polémicos. Hemos querido ceñirnos a un punto que, como tantos otros en aquella obra, ha quedado abierto a discusión: y nos parece que esta oportunidad con que nos honra la Asociación Internacional de Hispanistas sí es ocasión para considerar dicho punto. Hay diversas razones para ello: en primer lugar, la amplitud y la seriedad científica de este congreso; y también, en lo meramente personal, que nos permite retomar una ponencia presentada a esta Asociación hace doce años,[21] complementarla y, acaso, rectificarla en algún punto, de acuerdo con lo que ahora pensamos sobre el espinoso problema.

Quisiéramos poder partir de algunas premisas, de algunas verdades que han ido abriéndose paso; y a la vez, del hecho de que otros criterios no encontraron aceptación suficiente en la comunidad de estudiosos de estas materias.

Como premisa inicial, básica, apenas discutida hoy, querríamos considerar la certidumbre de que Martí no fue « precursor » de una literatura que, supuestamente, después de él llevarían a su culminación otros escritores hispanoamericanos. En vez de ello, en vez de esa condición de mero anunciador de lo que maduraría más tarde, creemos que hoy se le reconoce a Martí su carácter de iniciador, de fundador, no sólo en lo político sino también en lo literario. Ya se sabe que la confusión sobre este punto se debe ,en primer lugar, a otra de las pocas figuras realmente grandes de la literatura hispanoamericana, Rubén Darío, quien después de desaparecido Martí (al igual que Casal, Gutiérrez Nájera y Silva), se presentó a sí mismo desde 1896, como iniciador de una nueva literatura hispanoamerica-

19. *Ibid.*
20. *Ibid.*
21. R. F. R.: « Modernismo, noventiocho, subdesarrollo », ponencia presentada al III Congreso de la AIH, 1968.

na.[22] Incluso en 1913, al escribir (luminosamente, por otra parte) sobre la poesía de Martí, Darío hizo esta pregunta cuya respuesta afirmativa suponía desde luego evidente: « ¿No se diría un precursor del movimiento que me tocara iniciar años después? » [23] De esa manera, Martí, que en 1893 llamó « hijo » a Darío,[24] y a quien éste consideraba « Maestro »,[25] vendría a ser un mero « precursor » del movimiento que a Darío, según sus palabras, le tocaría « iniciar años después ». Numerosas investigaciones obligan a dar respuesta negativa a la pregunta dariana, e incluso rectificar el aserto que hay en ella. Hoy sabemos, como ya hemos dicho, que Martí no fue un « precursor », sino un « fundador »; y, además, que la literatura que Darío afirmaba haber iniciado (en 1888, con *Azul...*), había sido inauguarda años antes por otros escritores, como Gutiérrez Nájera. Lo que, por supuesto, no resta un ápice al valor altísimo de la obra dariana.

Y ahora venimos a « la cuestión toral », como hubiera dicho el propio Martí: si se le reconoce condición de iniciador, de fundador, ¿cual es la literatura que él inicia, que él funda? El primer gran reconocimiento que recibe la obra literaria martiana no proviene de los jóvenes, sino de un viejo, de quien lo separaban ideas fundamentales, pero que, sin embargo, supo ver, por la áspera originalidad de su propio idioma y su bronco talante (como luego haría Unamuno [26] por razones en cierta forma semejantes), aspectos esenciales en la obra literaria martiana. Nos referimos, como se supondrá, a Sarmiento, quien escribe en carta abierta a Paul Groussac publicada en *La Nación,* de Buenos Aires, el 4 de enero de 1887:

> En español, nada hay que se parezca a la salida de bramidos de Martí [...] después de Víctor Hugo, nada presenta la Francia de esta resonancia de metal [...] Deseo que llegue a Martí este homenaje de mi admiración por su talento descriptivo y

22. Rubén Darío: « Los colores del estandarte » (1896), en *Escritos inéditos de Rubén Darío,* Nueva York, 1938.

23. Rubén Darío: « José Martí, poeta. I » (1913), en *Archivo José Martí,* 7, La Habana, 1944, p. 331.

24. Darío ha contado el hecho en *La vida de Rubén Darío contada por él mismo,* Barcelona, s.d., p. 143.

25. Cf. el excelente trabajo que a Martí dedicó Darío en *Los raros* (1896).

26. Miguel de Unamuno: « Sobre los *Versos libres* de Martí », « Carta sobre Martí », « Sobre el estilo de Martí », « Carta sobre Martí », « Notas de Estética », en *Archivo José Martí,* 11, La Habana, 1947.

> su estilo de Goya, el pintor español de los grandes borrones con que habría descrito el caos.[27]

Pero muy pronto los jóvenes escritores del continente comienzan a reconocer y proclamar el magisterio literario martiano. En 1888 (es decir, el año de la aparición de *Azul...*) afirmará Rubén Darío que Martí

> es famoso, triunfa, esplende, porque escribe, a nuestro modo de juzgar, más brillantemente que ninguno de España o de América [...] porque fotografía y esculpe en la lengua, pinta o cuaja la idea, cristaliza el verbo en la letra, y su pensamiento es un relámpago y su palabra un tímpano o una lámina de plata o un estampido.[28]

Ese mismo año, en carta de 12 de noviembre dirigida a Pedro Nolasco Préndez, le comunica Darío: « ¡Si yo pudiera poner en verso las grandezas luminosas de Martí! O ¡si José Martí pudiera poner su prosa en verso! »[29] Al aparecer, en 1889, *La Edad de Oro,* Gutiérrez Nájera la saluda con un hermoso comentario, donde afirma: « Martí, cuyas ideas no podemos seguir a veces, porque sus ideas tienen las alas recias, fuerte el pulmón y suben mucho; Martí, en cuyo estilo mágico nos solemos perder de cuando en cuando [...]; Martí, para escribir *La Edad de Oro,* ha dejado de ser río y se ha hecho lago, transparente y límpido ».[30]

Por su parte, Martí supo de esos jóvenes, y siguió con atención el desarrollo de sus obras. A Darío ya hemos recordado que lo llamó « hijo ». En varias ocasiones (incluso en sus propios versos[31]), se refirió, siempre con alto aprecio, a Gutiérrez Nájera: por ejemplo, en carta de 26 de julio de 1888 a Mercado, le escribió que el mexicano

> es de los pocos que están trayendo sangre nueva al castellano y de los que mejor esconden las quebraduras y hendijas inevitables de la rima. Más hace, y es dar gracia al idioma español, al

27. Domingo Faustino Sarmiento: « La Libertad iluminando al mundo », en *Obras,* tomo XLVI, Buenos Aires, 1900, p. 175-176.

28. Raúl Silva Castro: *Obras desconocidas de Rubén Darío,* Santiago de Chile, 1934, p. 201.

29. Alberto Ghiraldo: *El archivo de Rubén Darío,* Buenos Aires, 1943, p. 313.

30. Manuel Gutiérrez Nájera: « *La Edad de Oro* de osé Martí » (1889), en *Acerca de La Edad de Oro,* selección y prólogo de Salvador Arias, La Habana, 1980, p. 50.

31. J. M.: « Para Cecilia Gutiérrez Nájera y Maillefert » (1894), en *O. C.,* XVII, 228-229.

> que no le faltaba antes gracia, pero placeril y grosera. Y eso lo hace Gutiérrez sin afectación, y no porque tome de modelo a éste o aquél, aunque se ve que conoce íntimamente, y ama con pasión, lo perfecto de todas las literaturas; sino por invencible tendencia suya a hermanar la sinceridad y la belleza. Hay mucho que decir de Gutiérrez, y yo tendré el honor de decirlo. Es un carácter literario.[32]

A Julián del Casal, Martí dedicó, con motivo de su muerte en 1893, un penetrante obituario al que hemos de volver. En sus cuadernos de apuntes (no se sabe exactamente en qué fecha) Martí dejó constancia de que proyectaba escribir un estudio sobre los nuevos poetas de América, entre los que estaban Díaz Mirón, Gutiérrez Nájera y Darío.[33] Estos poetas, junto a otros, serían conocidos como *modernistas.*

Así, como el soñador de la Mancha con la Iglesia, hemos topado, y no podía menos de ser, con el controvertido tema de Martí y el modernismo. Esa literatura que Martí no se limitó a preludiar, sino que inició, ¿fue pues el modernismo, como han sostenido tantos? [34] ¿O la arriscada condición de revolucionario político del héroe cubano, todo aquello que visibilmente lo distingue de los estetas que se suele llamar modernistas, lo separa de elleos, según han mantenido otros estudiosos de la obra martiana? [35] Nosotros mismos hemos echado nuestro cuarto a espadas sobre la cuestión, abogando por una amplitud del concepto de modernismo, que lo viera como manifestación de la toma de conciencia del carácter « subdesarrollado » de nuestra sociedad, e hiciera así posible no sólo que Martí figurara entre aquellos hombres, sino que los encabezara.[36] Para ello,

32. J. M.: carta a Manuel Mercado de 26 de julio de 1888, en *O. C.*, XX, 129.

33. J. M.: *O. C.*, XVIII, 287.

34. Según Boyd G. Carter, « al parecer, al colombiano-panameño Darío Herrera le cupo la distinción de ser el primero que determinó y afirmó la importancia de Martí en el desarrollo del Modernismo, aun cuando es cierto que Gutiérrez Nájera, Darío y otros escritores le tenían por modernista sin emplear esta palabra para definir su talento ». Ello ocurrió « en su artículo de título tan reivendicador como justiciero titulado 'Martí, iniciador del modernismo' que se publicó en el número de julio de 1895 de la revista *Letras y Ciencias* de Santo Domingo ». (B. G. C.: « Martí en las revistas del modernismo antes de su muerte ». En *Anuario Martiano,* 4, La Habana, 1972, p. 345).

35. El libro clásico sobre este punto de vista es el de Juan Marinello *José Martí escritor americano. Martí y modernismo,* México, 1958.

36. Expusimos por primera vez este criterio en « Martí en su (tercer) mundo », en *Cuba Socialista,* n. 41, enero de 1965, y lo reiteramos después en la ponencia presentada al III Congreso de la AIH en 1968.

por supuesto, fue menester salir fuera de la literatura, no limitarnos a enumerar sus rasgos formales, sino preguntar a la historia por las razones de la aparición de aquellos escritores, de aquella escritura. Considerábamos (y seguimos considerando) enteramente válidas observaciones como la que Arnold Hauser hiciera en una conversación con Lucáks: « La historia de la cultura es ante todo, y sobre todo, historia ».[37]

La persistencia en interrogar a la historia nos ha llevado a algunos complementos. Sin olvidar el hecho palmario de que si las semejanzas que los llamados por antonomasia modernistas tienen con Martí son evidentes, no menos evidentes son las diferencias, lo que ha contribuido a que sobrevivan en muchos estudiosos las reservas para ver como una unidad, por compleja que fuese, tareas literarias tan diversas. La verdad es que al preguntarnos hoy si Martí inició el modernismo, lo más acertado nos parece responder tanto afirmativa como negativamente. Y, según trataremos de explicar, no por el mero gusto de la paradoja.

Se ha dicho mucho que el modernismo no es un movimiento (como lo llamó Darío [38]) ni una escuela, sino una época. Pero no siempre se ha dicho con igual sentido. Para Martí mismo, por ejemplo, es evidente que una época no es en primer lugar una entidad literaria sino histórica. Así ha de entenderse que en 1882 llame a la suya propia « época de elaboración y transformación espléndidas, en que los hombres se preparan, por entre los obstáculos que preceden a toda grandeza, a entrar en el goce de sí mismos, y a ser reyes de reyes »,[39] aunque los poetas la vean como « época de tumulto y de dolores ».[40] Y más adelante, después de mencionar « los tiempos de reenquiciamiento y remolde »,[41] afirma: « Ésta la época en que las colinas se están encimando a las montañas; en que las cumbres se van deshaciendo en llanuras; época ya cercana de la otra en que todas las llanuras serán cumbres ».[42] A esa época, como a todas, le corresponderá una literatura concreta, pues, como dirá en 1887, « ca-

37. Arnold Hauser: *Conversaciones con Lukács,* trad. de G. Rack, Barcelona, 1979, p. 14.

38. « El *movimiento* de libertad que me tocó iniciar en América... », escribía en 1905 al frente de *Cantos de vida y esperanza;* y « el *movimiento* que me tocara iniciar años después », en 1913. *cit.* en n. 23. Subrayados de R. F. R.

39. J. M.: « El poema del Niágara » (1882), en *O. C.,* VII, 224.

40. *Ibid.*

41. *Op. cit.,* 225.

42. *Op. cit.,* 228.

da estado social trae su expresión a la literatura, de tal modo que por las diversas fases de ella pudiera contarse la historia de los pueblos, con más verdad que por sus cronicones y sus décadas ».[43]

Desde muy pronto Martí sabe que las realidades literarias deben verse en estrecha relación con determinadas realidades históricas. Si unas líneas atrás hemos recordado la proclamación por Martí de valores específicamente estéticos en las obras literarias (en las obras de arte en general), ahora debemos añadir que también proclamó constantemente que aquellos valores remiten a hechos históricos específicos. Creemos que este conocimiento, como tantos otros, lo adquirió en México, durante los fecundos años 1875 y 1876 que viviò allá, donde, participando a la vez en la lucha política y en la vida literaria, como fue habitual en él, desarrolló tanto concepciones históricas como artísticas.

El voraz asimilador que fue Martí hizo suyos muchos de los postulados que los radicales de la Reforma mexicana habían venido defendiendo desde los grandes combates juaristas. Tales postulados implicaban, también, la defensa de los valores culturales nacionales, propia de una burguesía nacional en ascenso revolucionario. No es otro el punto de vista de Martí cuando en 1875 escribe: « La limitación servil extravía, en economía como en literatura y en política »;[44] e invita a los pintores mexicanos a copiar « la luz en el Xinantecatl y el dolor el rostro de Cuauhtemotzín », añadiendo; « Hay grandeza y originalidad en nuestra historia: haya vida original y potente en nuestra escuela de pintura ».[45]

Sin embargo, aunque Martí se identificó plenamente con aquel país (llegando a hablar, como un mexicano más, de « nuestra historia », de « nuestra escuela de pintura »), siguió siendo, desde luego, un irreductible patriota cubano. Andrés Iduarte ha señalado con razón que si Martí se consideró mexicano en México, por otra parte, « precisamente por no mexicano, por hijo de una patria aún no nacida, por andariego a la fuerza, va a darle [a las ideas que adquirió en México] una aplicación continental que no le dará ningún mexicano ».[46] Ello es lo que ocurrirá cuando, tras abandonar México a raíz del golpe de estado de Porfirio Díaz, Martí pasa a residir en

43. J. M.: « El poeta Walt Whitman » (1887) en *O. C.*, XIII, 134.
44. J. M.: « La polémica económica », en *O. C.*, VI, 335.
45. J. M.: « Una visita a la Exposición de Bellas Artes. II » (1875), en *O. C.*, VI, 390.
46. Andrés Iduarte: *Martí escritor*, México, 1944. p. 235.

Guatemala. Allí dará una « aplicación continental » a lo que en México había aprendido. A partir de su estancia guatemalteca (entre 1877 y 1878), se hacen frecuentes en él las expresiones « madre América » y « nuestra América », distinta de la América que no es nuestra. Sus preocupaciones de genuinidad, de originalidad, van ahora a toda la América suya, « desde donde corre el Bravo fiero hasta donde acaba el digno Chile ».[47] Bien pueda decirse que en Guatemala Martí hace un primer balance de su experiencia histórica en relación con lo que llamará nuestra América.

Su conocimiento directo de esa América nuestra habrá de enriquecerse aún más durante el medio año que pasa en Venezuela en 1881. Y si es dable hablar de un primer balance histórico suyo en Guatemala, ahora, en Venezuela, será menester hablar de un balance literario. En la patria de Bolívar Martí alcanza su primera madurez literaria. Así lo testimonian materiales como sus apuntes, los trabajos que da a conocer en los dos únicos números que logra publicar de la *Revista Venezolana,* los versos de su libro *Ismaelillo,* que verá la luz al año siguiente, en Nueva York.

Una observación hecha por Martí en un cuaderno de apuntes de Caracas, durante ese año, se ha convertido en cita obligada a propósito de la forma inequívoca como Martí remitía la literatura a la historia:

> No hay letras, que son expresión [dijo allí] hasta que no hay esencia que expresar en ellas. Ni habrá literatura hispanoamericana hasta que no haya Hispanoamérica. [...] Lamentémonos ahora de que la gran obra nos falte, no porque nos falte ella, sino porque esa es señal de que nos falta aún el pueblo magno de que ser reflejo.[48]

No puede decirse de manera más clara que para Martí las letras eran « expresión », « reflejo » de un pueblo; ni tampoco que la carencia de un literatura hispanoamericana fuerte y coherente era a sus ojos la consecuencia de una endeblez política, de la no realización de los proyectos de los libertadores. Si Martí lamenta la pobreza de nuestra literatura, sabe que ello se debe a razones que van más allá de la literatura, y pregunta: « ¿Se unirán, en consorcio urgente, esencial y bendito, los pueblos conexos y antiguos de América? ¿Se dividirán, por ambiciones de vientre y celos de villorrio, en

47. J. M.: « Revista Guatemalteca » [1877], en *O. C.,* VII, 104.
48. J. M.: « Cuaderno de apuntes. 5 » (1881), en *O. C.,* XXI, 164.

nacioncillas desmeduladas, extraviadas, dialécticas? »[49] Es el Martí cargado de estas preocupaciones quien publicará dos números de la *Revista Venezolana*. En el segundo y último de ellos explica las razones que lo llevaran a publicarla, en un editorial titulado « El carácter de la *Revista Venezolana* ». Sin duda, como se ha dicho, el texto tiene aliento de manifiesto literario.[50] Pero es imprescindible contemplar sus dos vertientes: la que mira a la genuinidad de la literatura hispanoamericana (donde Martí reitera sus criterios sobre este aspecto, ampliados a toda nuestra América), y la que se ocupa del « estilo » de algunos textos de la revista. En la primera de esas vertientes, la más amplia, Martí explica que la revista « encamina sus esfuerzos a elaborar, con los restos del derrumbe, la grande América nueva, sólida, batallante, trabajadora y asombrosa »,[51] y pregunta: « ¿será alimento bastante a un pueblo fuerte, digno de su alta cuna y magníficos destinos, la admiración servil a extraños rimadores, la aplicación cómoda y perniciosa de otros mundos [...]? », para responder de inmediato: « —No: no es ésa la obra ».[52] Y más adelante: « Es fuerza convidar a las letras a que vengan a andar la vía patriótica de brazo de la historia [...] »[53] En la segunda vertiente, Martí expone sus criterios estilísticos, que le han valido el reproche « de esmerado y de pulcro ».[54]. « No es defensa, sino aclaración lo que aquí hacemos », afirma. Pero la aclaración resulta ser una vehemente y lúcida defensa de los aspectos formales de lo que sin duda es ya el alba de una nueva literatura hispanoamericana:

> La frase [dice] tiene sus lujos, como el vestido, y cuál viste de lana y cuál de seda, y cuál se enoja porque siendo de lana su vestido no gusta de que sea de seda el de otro. Pues ¿cuándo empezó a ser condición mala el esmero? Sólo que aumentan las verdades con los días, y es fuerza que se abra paso esta ver-

49. *Ibid.*

50. « Este editorial es algo así como la Carta Magna del Modernismo y punto de partida de su estética por lo que a la prosa atañe », escribió Manuel Pedro González en « José Martí, su circunstancia y su tiempo », *José Martí* [...] *Esquema ideológico*, selección, prefacio, glosas y notas por Manuel Pedro González e Iván A. Schulman, México, 1961, p. 17. José Antonio Portuondo ratifica: « el primer manifiesto del modernismo lo escribe José Martí en 1880 [sic] en el segundo número de la *Revista Venezolana* cuando él trata de explicar sus propias ideas », en *En torno a José Martí*, Burdeos, 1974, p. 336.

51. J. M.: « El carácter de la *Revista Venezolana* » (1881), en *O. C.*, VII, 208.

52. *Op. cit.*, 209.

53. *Op. cit.*, 210.

54. *Op. cit.*, 211.

> dad acerca de estilo: el escritor ha de pintar, como el pintor. No hay razón para que el uno use de diversos colores, y no el otro. Con las zonas se cambia de atmósfera, y con los asuntos de lenguaje. Que la sencillez sea condición recomendable, no quiere decir que se excluya del traje un elegante adorno. De arcaico se tachará unas veces, de las raras en que escriba, al director de la *Revista Venezolana;* y se le tacharà en otras de neólogo; usará de lo antiguo cuando sea necesario: no hay por qué invalidar vocablos útiles, ni por qué cejar en la faena de dar palabras nuevas a ideas nuevas.[55]

Aunque Martí ya había realizado para entonces una tarea literaria relevante (baste recordar ese gran texto de sus dieciocho años que es *El presidio político en Cuba*), a partir de este momento aparece cuajada ya en él una literatura distinta, nueva, aún innominada. Cuando catorce años después, en vísperas de morir en combate, escriba la carta que se ha considerado con razón su testamento literario, dirá allí: « Versos míos, no publique ninguno antes de *Ismaelillo;* ninguno vale un ápice. Los de después, al fin, ya son unos y sinceros ».[56] Y aunque no haga con referencia a su prosa una observación similar, lo cierto es que alrededor de la fecha en que escribe *Ismaelillo,* 1881, también su prosa adquiere calidad mayor, acento nuevo en la lengua, resplandores « unos y sinceros ». Recuérdense textos como « Miguel Peña » y « Cecilio Acosta », ejemplos de las impresionantes etopeyas que prodigará en los años venideros.

Junto a sus esenciales experiencias políticas (prisión, destierros, defensa del gobierno lerdista en México, conspiración, presidencia del comité revolucionario cubano en Nueva York); y junto al conocimiento directo que para entonces tiene de varios países latinoamericanos, de España, Francia y los Estados Unidos, Martí se ha nutrido ya de muchas literaturas: sobre su hondo conocimiento de los clásicos nos siguen gustando las pintorescas observaciones de Gabriela Mistral, quien dijo de él:

> Mascó y comió del tuétano de buey de los clásicos; nadie puede decirle lo que a otros modernos que se quedase sin ese alimento formador de la entraña: conoció griegos y romanos. Cumplió también su obligación con los clásicos próximos, es decir, con los españoles, y fue el buen lector que pasa por los setenta rodillos de la colección Rivadeneira sin saltarse ninguno,

55. *Op. cit.,* 211-212.

56. J. M.: Carta a Gonzalo de Quesada y Aróstegui de 1o. de abril de 1895, en *O. C.,* I, 26.

> sólo que pasa entero, sin ser molido y vuelto papilla por ellos. [...] Tanto estimó a los padres de la lengua que a veces toma en cuenta a los segundones o tercerones de ella, me valga el vocablo.[57]

Pero además Martí conocía ya lo más vivo de las literaturas modernas, e incluso escribía tanto en español como en francés e inglés. Instando a los nuevos escritores hispanoamericanos a nutrirse también de otras literaturas, dirá en 1882, en trabajo sobre Wilde:

> ¿Por qué nos han de ser fruta casi vedada las literaturas extranjeras, tan sobradas hoy de ese ambiente natural, fuerza sincera y espíritu actual que falta en la moderna literatura española? Ni la huella que en Núñez de Arce ha dejado Byron, ni la que los poetas alemanes imprimieron en Campoamor y Bécquer, ni una que otra traducción pálida de alguna obra alemana o inglesa, bastan a darnos idea de la literatura de los eslavos, germanos y sajones, cuyos poemas tienen a la vez del cisne níveo, de los castillos derruídos, de las robustas mozas que se asoman a su balcón lleno de flores y de la luz plácida y mística de las auroras boreales. Conocer diversas literaturas es el medio mejor de libertarse de la tiranía de algunas de ellas.[58]

Pero junto a esa invitación también hay en Martí este juicio en su trabajo sobre Wilde:

> Es cierto que yerran los estetas en buscar, con peculiar amor, en la adoración de lo pasado y de lo extraordinario de otros tiempos, el secreto del bienestar espiritual en lo porvenir. Es cierto que deben los reformadores vigorosos perseguir el daño en *la causa que lo engendra, que es el excesivo amor al bienestar físico,* y no en el desamor del arte, que es su resultado.[59]

Martí ha escrito esas palabras entre 1881 y 1882. A partir de estas fechas comenzarán a desarrollar su obra los escritores que iban a ser llamados modernistas: algunos adelantándose precozmente, como Gutiérrez Nájera; otros, casi al finalizar la década del ochenta, como Darío con su *Azul...* (1888). Tales escritores (al menos en su juventud, que varios de ellos no sobrepasaron) serían particularmente sensibles a *algunos* de los aspectos de la prédica martiana, con prescindencia de otros esenciales: lamentarán la pobleza de la literatura hispanoamericana, pero sin llegar a ver esa pobreza come ex-

57. Gabriela Mistral: *La lengua de Martí,* La Habana, [1934], p. 7-8.
58. J. M.: « Oscar Wilde » (1882), en *O. C.,* XV, 361.
59. *Op. cit.,* 367.

presión orgánica de una endeblez histórica; los fascinará el estilo « esmerado y pulcro » de Martí, pero desconociendo su convite « a las letras a que vengan a andar la vía patriótica de brazo de la historia »; querrán nutrirse de otras literaturas, volver los ojos a otras tierras y a otros tiempos, olvidando que para Martí no era « alimento bastante a un pueblo fuerte [...] la admiración *servil* a extraños rimadores, la *aplicación cómoda y perniciosa de otros mundos* », y sin percatarse de que era menester « perseguir el daño en la causa que lo engendra, que es el excesivo amor al bienestar físico, y no en el desamor del arte, que es su resultado ».

El marco histórico en que surgirán estos escritores (padeciéndolo más que entendiéndolo, y sin arrestos de transformarlo) lo ha descrito así Françoise Pérus:

> Frustrado el proyecto de transformación de la sociedad latinoamericana; ahogado —lo que es peor— en una ola de « prosperidad » cuyas fosforescencias encadilaban incluso a los sectores medios antes en rebeldía, los escritores de cuño tradicional que emergen a la vida social hacia 1880 ya no tienen, ciertamente, ninguna misión que cumplir en este sentido; en rigor, tampoco tienen gesta alguna que cantar. Deshecha, o si se quiere « degradada » la vieja aristocracia, tampoco quedan muchos « mecenas » capaces de acoger a estos escritores en su regazo protector; los negocios interesan de todos modos más que la poesía. Sin saber bien cómo ni por qué —o apenas intuyéndolo— los escritores no « científicos » [...] se sienten entonces desamparados, « marginados » por esos « reyes burgueses » que en vez de protegerlos y ubicarlos en un sitial de honor, los condenan a realizar tareas tan « prosaicas » como el periodismo, o a ejercer funciones subalternas en las filas de una « mediocre » burocracia.[60]

Si estos escritores van a tener en común con Martí un estilo « esmerado y pulcro »; si buscan ansiosos otras literaturas, otros aires, ahogados por su desajuste social; si, sobre todo, vuelven los ojos a París, esa « capital del siglo XIX » que dirá Walter Benjamin,[61] Martí, a la vez que seguirá enriqueciendo su palabra prodigiosa, ahondará cada vez más su visión histórica, y radicado, para mejor cumplir su tarea revolucionaria, en esa otra naciente capital

60. Françoise Pérus: *Literatura y sociedad en América Latina: el modernismo,* La Habana, 1976, p. 65-66.

61. Walter Benjamin: *París, capital del siglo XIX,* trad. y notas de Miguel González y José Emilio Pacheco, México, 1971.

del siglo, Nueva York, verá formarse, ante su mirada escrutadora y su inocultable alarma (que ya era patente, según los directores de periódicos que lo censuraron, en 1882), lo que al final de su vida, en 1895, llamará por su nombre: el imperialismo.[62] Para entonces ha dejado atrás sus ilusiones liberales, y es un demócrata revolucionario extremadamente radical, dirigente de las masas de su país, que en versos de honda raíz popular confesará querer echar su suerte « con los pobres de la tierra ».[63]

Entre 1880 y 1895 ya los modernistas se han dado a conocer en publicaciones periódicas y aun en libros. Muchos de ellos, como hemos recordado, eran fervorosos lectores de Martí. Pero él, que ve con atención y simpatía los esfuerzos de aquellos jóvenes renovadores, ve también con preocupación su despego por sus tierras, su desarraigo. En 1890, al censurar al que bebe « por novelería o pobreza de invención, o dependencia intelectual, cuanta teoría, autóctona o traducida, sale al mercado ahíto »,[64] añadirá:

> En América se padece esto más que en pueblo alguno, porque los pueblos de habla española nada, que no sea manjar rehervido, reciben de España; ni tienen aún, por la población revuelta e ignorante que heredaron, un carácter nacional que pueda más, por su novedad poética, que las literaturas donde el genio impaciente de sus hijos se nutre y complace. [...] Ahora, con el apetito de lo contemporáneo, lo accesible del idioma y el ansia loable de la perfección, lo que empieza a privar es lo de los franceses, que no tienen en esta época de tránsito mucho que decir, por lo que mientras se condensa el pensamiento nuevo, pulen y rematan la forma, y tallan en piedra preciosa a veces, cazos de finas y menudas facetas, donde vacían cuanto hallan en lo antiguo de gracia y color, o riman, por gala y entretenimiento, el pesimismo de puño de encaje que anda en moda, y es propio de los literatos sin empleo en la ciudad sobrada de literatura; lo cual no ven de lejos poetas de imaginación, o to-

62. « [...] impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los *imperialistas* de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América, al Norte revuelto y brutal que los desprecia [...] » (J. M.: carta a Mercado de 18 de mayo de 1895, *cit.* en n. 7, *ibid.* El subrayado es de R. F. R.).

63. A « los pobres de la tierra » menciona Martí en el conocido poema III de sus *Versos sencillos* (1891) (« Con los pobres ed la tierra / Quiero yo mi suerte echar »: *O. C.*, XVI, 67); y « Los pobres de la tierra » se llama su artículo de *Patria* de 24 de octubre de 1891 dedicado a « los breros cubanos en el Norte (*O. C.*, III, 303).

64. J. M.: *op. cit.*, en n. 16, 189.

man como real, por el desconsuelo de su vida, los que viven con un alma estética en pueblos podridos o aún no bien formados.[65]

Pero quizás cuando más claramente haya expresado Martí tanto su interés como sus preocupaciónes por los escritores modernistas sea en las páginas de extraordinaria agudeza que escribiera a raíz de la muerte de Julián del Casal, en 1893: « De él se puede decir », apunta allí, « que, pagado del arte, por gustar del de Francia tan de cerca, le tomó la poesía nula, y de desgano falso e innecesario, con que los orífices del verso parisiense entretuvieron estos años últimos el vacío de su época transitoria »[66] Y refiriéndose ya a la primera generación modernista en conjunto:

> en América está ya en flor la gente nueva, que pide peso a la prosa y condición al verso, y quiere trabajo y realidad en la política y en la literatura. Lo hinchado cansó, y la política hueca y rudimentaria, y aquella falsa lozanía de las letras que recuerda los perros aventados del loco de Cervantes. Es como una familia en América esta generación literaria, que principió por el rebusco imitado, y está ya en la elegancia suelta y concisa, y en la expresión artística y sincera, breve y tallada, del sentimiento personal y del juicio criollo y directo. El verso, para estos trabajadores, ha de ir sonando y volando. El verso, hijo de la emoción, ha de ser fino y profundo, como una nota de arpa. No se ha de decir lo raro, sino el instante raro de la emoción noble o graciosa.[67]

Aquí está trazado el programa del modernismo mejor, más que como era entonces, como Martí querría que fuese.

Dos años antes del obituario a Casal, en 1891, Martí había publicado su ensayo más profundo y visionario: « Nuestra América ». Con plena conciencia de la ubicación histórica de nuestros países, de su necesaria unión y de los nuevos peligros que los acechaban, exclamó allí:

> A los siestemesinos sólo les faltará el valor. Los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses. Porque les falta el valor a ellos, se lo niegan a los demás. No les alcanza al árbol difícil el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulsera, el brazo de Madrid o de París, y dicen que no se puede alcanzar el árbol. Hay que cargar los barcos de esos insectos dañinos, que le roen el hueso a la patria que los nutre. Si son pari-

65. *Op. cit.*, 221-222.
66. J. M.: « Julián del Casal » (1893), en *O. C.*, V, 221.
67. *Op. cit.*, 221-222.

> sienses o madrileños, vayan al Prado, de faroles, o vayan a Tortoni, de sorbetes [...] ¡Estos hijos de nuestra América, que ha de salvarse con sus indios, y va de menos a más; estos desertores que piden fusil en los ejércitos de la América del Norte, que ahoga en sangre a sus indios, y va de más a menos! [68]

Y más adelante: « Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas. Y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas! » [69]

Martí hizo posible como nadie en su tiempo injertar en nuestras repúblicas el mundo; pero, a fin de que ello tuviera verdadero sentido, se dio, también como nadie, a fortalecer el tronco de nuestras repúblicas, haciendo, según sus propias palabras, « con los oprimidos [...] causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores ».[70]

No se hallan expresiones así en otros escritores hispanoamericanos de aquellos años. Acaso el delicado y bondadoso Gutiérrez Nájera pensara en expresiones similares al decir: « Martí, cuyas ideas no podemos seguir a veces, porque sus ideas tienen las alas recias, fuerte el pulmón y suben mucho ». Baste evocar las tristes « Palabras liminares » de *Prosas profanas,* para comprobar qué lejos estaba de esas ideas, en 1896, el mayor de aquellos poetas entonces jóvenes, Rubén Darío. Pero recordemos también, porque es necesario hacerlo, que allí no está todo Darío, y que después de 1898, con la intervención imperialista en la guerra de independencia cubana que Martí había encendido, se producirá un importante vuelco en su obra, visible en su mejor libro: *Cantos de vida y esperanza* (1905). El hecho, que conmoviera a muchos intelectuales hispanoamericanos, ya había provocado en 1900 una obra clásica de nuestra literatura: el *Ariel* de José Enrique Rodó. A obras de esa naturaleza se dirigía la esperanza de Martí en su texto sobre Casal. Pero aún entonces, después de 1898, sobrevivió en buena parte del modernismo aquella ceguera histórica, aquella dependencia intelectual, aquel mero regodeo de superficie que Martí censurara acremente. Piénsese, por ejemplo, en una figura como Enrique Gómez Carrillo. Un re-

68. J. M.: « Nuestra América » (1891), en *O. C.,* VI, 16.
69. *Op. cit.,* 18.
70. *Op. cit.,* 19.

ciente comentarista de su libro de 1913 *La sonrisa de la esfinge,* ha dicho que resulta evidente

> en la visión del Egisto contemporáneo que Gómez Carrillo nos proporciona [...] su casi absoluta carencia referencial al significativo momento histórico que el país vivía, y especialmente en los planos histórico y social. [...] Tal falta casi absoluta de referencia a la situación colonial tan hondamente traumatizadora que, por entonces, el país experimenta, resulta especialmente incomprensible e intrigadora [...]. Surge así un Egipto fuertemente atemporalizado, casi arrancado de cuajo del cuadro de graves problemas humanos en que se debatía, totalmente ignorado por el autor en ese aspecto.[71]

En abierto contraste con esa « falta casi absoluta de referencia a la situación colonial », con ese « Egipto fuertemente atemporalizado », léase el trabajo de Martí « La revolución en Egipto », de 1881.[72] Así come frente al Oriente de bisutería en que incurrieron no pocos modernistas, es impresionante la penetración del artículo martiano « Un paseo por la tierra de los anamitas », de 1889.[73] La vigencia del análisis de esos textos es en verdad sorprendente. ¿Y qué decir de los millares de páginas en que Martí realizó lo que, glosando a Martínez Etrada, podríamos llamar una *Radiografía de los Estados Unidos?*

Con suma razón observó Federico de Onís, en 1934, que la modernidad de Martí « apuntaba más lejos que la de los modernistas, y es hoy más válida y patente que entonces »;[74] lo que complementaría Juan Marinello al escribir en 1968: « es justicia proclamar que es Martí la figura primordial en una transformación de las letras latinoamericanas que llega hasta nosotros »[75]

Y es que, en verdad, lo que Martí inicia no es una escuela, ni un movimiento (como Darío llamara al modernismo), ni siquiera (exclusivamente) un período de la literatura hispanoamericana. Lo que inicia es una época: una época *histórica,* con su correspondiente

71. Pedro Martínez Montávez: « Egipto en la visión de Enrique Gómez Carrillo », en *Ensayos marginales de arabismo,* Madrid, 1977, p. 31.

72. J. M.: « La revolución en Egipto » (1881), en *O. C.,* XIV, 11-117.

73. J. M.: « Un paseo por la tierra de los anamitas », *La Edad de Oro,* en *O. C.,* XVIII, 459-470.

74. Federico de Onís: « José Martí », en *Antología de la poesía española e hispanoamericana (1882-1932),* Madrid, 1934, p. 35.

75. Juan Marinello: « Martí: poesía », en *Annuario Martiano,* 1, La Habana, 1969, p. 128.

literatura. Y de inmediato surge la pregunta: ¿cómo llamar a esa época?

Antes de intentar responder, vamos a traer a colación algunos juicios (que compartimos) de una reciente *Historia social de la literatura española (en lengua castellana)*.[76] Dicen allí sus autores:

> Ha sido preciso, para empezar, llamar a las cosas por su nombre, sustituir un léxico decididamente culturalista por otro de más exacto significado histórico. Utilizar, por ejemplo, palabras como *Renacimiento, renacentista* o *humanismo,* significa contribuir a la persistencia de un confusionismo tan nebuloso como abrumador. Frente a tales términos hablamos de *burguesía en auge* y de *burgués,* entendiendo que *humanismo* no es sino el nombre convencional tras el cual se oculta, sencillamente, la compleja ideología de la que, andando el tiempo, sería la nueva clase dominante, la Burguesía.[77]

Más adelante, añaden: « Nuestra *Historia social* ha sido estructurada de acuerdo con un esquema cuyas divisiones literarias coinciden —y no por casualidad, desde luego— con las históricas ».[78]

Nosotros no contamos aún con una historia social de la literatura hispanoamericana (aunque sabemos de proyectos en este sentido como los de Alejandro Losada, Hernán Vidal y Ana Pizarro). Sólo una obra de esa naturaleza, realizada cabalmente, permitirá ver en su justo sitio los momentos y personalidades de nuestra literatura. Pero por ahora nada nos impide ir a plantear a nuestra historia la pregunta que nos hemos formulado.

En libro reciente y confiable de Paolo González Casanova (*Imperialismo y liberación en América Latina. Una introducción a la historia contemporánea,* México, 1978) leemos:

> La historia contemporánea de América Latina abarca aproximadametne de 1880 a nuestros días. Corresponde a un proceso de ascenso y crisis del imperialismo y del sistema capitalista mundial. En las antiguas potencias coloniales, y en Estados Unidos, se desarrolla un nuevo tipo de empresas, conocidas como el capital monopólico, que ejercen gran influencia en los aspectos del estado y combinan las antiguas formas de expansión colonial con otras nuevas. Las conquistas de los pueblos más débi-

76. Carlos Blanco Aguinaga, Julio Rodríguez Puértolas, Iris M. Zavala: *Historia social de la literatura española (en lengua castellana)*, tres tomos, Madrid, 1978-1979.

77. *Op. cit.,* tomo I, p. 34-35.

78. *Op. cit.,* p. 36.

> les y menos desarrollados se realizan con modernas técnicas militares; la imposición de gobernadores, nombrados directamente por las metrópolis, se complementa con la sujeción de los pueblos a través de sus propias clases gobernantes.
>
> A esa historia se enfrenta otra de luchas de resistencia y liberación, en que las masas pugnan por no ser sometidas ni explotadas, o por romper los lazos que las atan [...][79]
>
> El actor principal de la integración de América Latina al imperialismo fue Estados Unidos [...] El actor principal de la liberación fueron las masas de América Latina.[80]

No nos cabe duda de que a José Martí correspondió iniciar esta época que aún vivimos, la historia contemporánea de nuestra América, en sus combates, en sus ideas, en sus letras. Se trata de una época que se abrió alrededor de 1880 y que, para el conjunto de la América Latina, no se ha cerrado aún: la *época del imperialismo y de la liberación*. Dentro de esa época, como en todos los casos similares, es necesario señalar períodos.[81] Pablo González Casanova lo ha hecho en lo que toca a la historia. ¿Van a aceptarse tales períodos, sin modificaciones, para nuestra historia *literaria?* No creemos que deba procederse mecánicamente así. En otra ocasión hemos tratado el complejo problema de la periodización de nuestra historia literaria.[82] No es éste el momento de afrontar tal problema. Pero una cuestión, al menos, nos parece evidente: el *modernismo* es el primer período *literario* de la *época del imperialismo y de la liberación*. Y al ser Martí el iniciador de la época, lo es también, necesariamente, de su primer *período*: pero, al mismo tiempo, lo sobrepasa, sigue conservando vigencia en la medida en que su época permanece viva, abierta. Incluso algunos modernistas van más allá de su momenmento y alimentan otros períodos. El caso más señalado es el de Rubén Darío, que no sólo es reconocido como una suerte de nuevo Garcilaso por las sucesivas generaciones de poetas hispanoamericanos, sino que incluso es asumido entrañablemente como poeta nacional por la Nicaragua revolucionaria.[83] Pero todo, en su indeleble condición de poeta modernista. No es ése el caso de Martí. No es en

79. Pablo González Casanova: op. cit., p. 11.

80. *Op. cit.*, p. 80.

81. Cf. Evgueni Zhukov: « Acerca de los criterios de la periodización en la historia », en *Ciencias Sociales,* Moscú, n. 4 (38), 1979.

82. R. F. R.: *Para una teoría de la literatura hispanoamericana y otras aproximaciones,* La Habana, 1975, p. 79-85.

83. Cf. Carlos Fonseca: « Darío y Gorki », en *Casa de las Américas,* n. 117, noviembre-diciembre de 1979.

calidad de modernista, sino de iniciador de una época (en la cual el modernismo, con sus virtudes y sus limitaciones, queda inmerso), que puede decirse de Martí, como hace Federico de Onís, que él

> se nos impone al principio de ella [de su época] en América como el máximo creador y sembrador de ideas, formas, tendencias y actitudes que han tenido la virtud de perdurar como dominantes en ella, y que están cada vez más llenas de posibilidad para el futuro. Toda su obra, en prosa y en verso, en sus discursos, sus ensayos, sus poemas, sus artículos, sus diarios y sus cartas, en todo lo que escribió, está llena de gérmenes nuevos que anuncian las corrientes y direcciones que va a seguir en su desarrollo posterior la literatura en América.[84]

De Onís acierta también cuando afirma:

> Martí tuvo conciencia clara del sentido de su época en el mundo y en América, y éste fue su mayor hallazgo, el que informa toda su obra prestándole universalidad. Vio desde muy temprano cómo el mundo estructurado del siglo XIX entraba desde 1880 en una época de transición en el que se estaba incubando un mundo nuevo en el que tendría cabida la originalidad americana.[85]

Pero se equivoca de Onís cuando añade de inmediato: « esa época de transición es lo que iba a ser el modernismo ».[86] No: esa época era (es) *la del imperialismo y la liberación.* Como también yerra al asegurar que « el valor de Martí sea esencialmente estético ».[87] Ya Gabriela Mistral había corregido este error al decir en 1934: « Se hablará siempre de él [de Martí] como de un caso moral, y su caso literario lo pondremos como una consecuencia ».[88] No puede haber sido « esencialmente estético » el valor del hombre que escribió: « La justicia primero y el arte después. [...] Todo al fuego, hasta el arte, para alimentar la hoguera ».[89] Pero lo realmente extraordinario en él es que fundió lo político (capital en su vida), lo moral y lo

84. Federico de Onís: « Martí y el modernismo » (1953), en *España en América,* Universidad de Puerto Rico, 2da. ed., 1968, p. 624.

85. *Op. cit.,* p. 625.

86. *Ibid.*

87. *Op. cit.,* p. 629.

88. Gabriela Mistral: *op. cit.* en n. 57, p. 35.

89. J. M.: « La exposición de pinturas del ruso Vereschagin » (1889), en *O. C.,* XV, 443.

estético, mereciendo plenamente que Marinello dijera de él que fue « el héroe que dio a la libertad la categoría de la belleza ».[90]

No nos interesa aquí, sin embargo, polemizar con De Onís. Por el contrario, al margen de esos desacuerdos, nos complace reconocer cuánto vio el maestro español en lo tocante a la futuridad literaria de Martí. Por ello nos permitiremos citarlo de nuevo *in extenso* sobre este punto:

> En los diarios es donde se demora en la pintura más íntima de su pueblo, del alma de sus hombres, de la naturaleza tropical, de la jugosa habla popular, viniendo a ser el antecedente más genuino de la nueva visión de la tierra y el pueblo de América que producirá la novela y el cuento del siglo XX. En sus poesías, por ser la flor más íntima de su obra, se ve aún más marcada la diferencia entre los estilos, el ensayo perpetuo de renovación, el caminar. Lo uno y lo otro ,separado o junto, anuncian tendencias que van a dominar en la poesía más moderna de España y de América.
>
> Habría que considerar otros aspectos de la obra martiana que inician corrientes nuevas [...] Entre ellos [...] el indigenismo [...] y lo mismo el negrismo y toda forma de popularismo de cualquier tierra americana, que iban luego a florecer en toda América, no como pintoresquismo romántico o regionalismo costumbrista, sino como sustancia y expresión del propio ser.[91]

Tales cosas se escribían a principios de la década del cincuenta. Casi treinta años después, a más de ratificar esas palabras, ¿no se nos impone la vigencia de los discursos martianos en muchos discursos de actuales dirigentes revolucionarios de nuestra América? ¿No resuena su *Diario de campaña* en el *Diario en Bolivia* del Che Guevara? ¿No está presente Martí en la literatura de testimonio, en la ensayística, en la literatura para niños de la Hispanoamérica actual? ¿Y no sería fructuoso, a pesar del despego que Martí mostró por cierta novelística, ver en qué medida mucho de su misterioso realismo deslumbrante se derrama en « lo real maravilloso » de buena parte de la nueva novela hispanoamericana? « ¡Qué novela tan linda la historia de América! », exclamó Martí en 1889.[92] A lo que

90. Juan Marinello: « Discurso pronunciado en la clausura del III Seminario Juvenil de Estudios Martianos », en *Anuario Martiano,* 6, La Habana, 1976, p. 328.

91. Federico de Onís: *op. cit.* en n. 84, p. 631.

92. J. M.: « Las ruinas indias », *La Edad de Oro* (1889), en *O. C.,* XVIII, 389.

añadirá sesenta años después Alejo Carpentier: « ¿Pero qué es la historia de América toda sino una crónica de lo real maravilloso? » [93]

Iniciador de nuestra época tanto en lo político como en lo literario, José Martí es nuestro apasionante contemporáneo, y nos reserva aún muchas sorpresas en los años por venir.

ROBERTO FERNANDEZ RETAMAR
Casa de las Américas, La Habana

93. Alejo Carpentier: [prólogo a] *El reino de este mundo,* México, 1949, p. 17.